

LAS PROEZAS SINFÓNICAS DEL PIANISTA GOTTSCHALK

(*Revista Musical Chilena, Noviembre 1946*)

Muchos virtuosos de calidad visitaron nuestro país en los años del fervor romántico, pero ninguno entre ellos ha dejado una huella más profunda de su paso que el pianista norteamericano Louis Moreau Gottschalk. Decenios más tarde, su nombre era todavía agitado como oriflama artística. En los álbumes de nuestras abuelas tomaron sitio de honor: *La Muerta, Noche de los Trópicos, Sus Ojos*, partituras que embrujaron a toda una generación.

Corrían los años de la moda Luis Felipe, el rey peatón que vestía levita abotonada, usaba paraguas y enviaba sus hijos al Liceo,—y el piano diminuto y vertical, recuerdo de las formas versallescas del manicordio, comenzaba a extender su cola de ébano donde, apoyados en los codos, hundidos los dedos en la melena, vino a llorar la música una pálida juventud sentimental.

Gottschalk introdujo en Chile el piano Chickering, el romanticismo de Chopin, la sensualidad del folklore cubano, las melodías de Weber, las arias del «Fidelio» y los primeros acordes de Wagner: tal fué el balance artístico de esos quince señeros conciertos del año de 1866. Pero, su despedida de Chile fué la apoteosis de sus triunfos. Dos meses dedicó el virtuoso a la preparación de este adiós supremo y melodramático. Recurriendo a los profesionales y a los aficionados, a las bandas cívicas y al ejército, logró formar una orquesta de trescientos cincuenta músicos concertados para la ejecución de la *Solemne Marcha Triunfal a Chile*. El Teatro Municipal —aquel que se incendiara cuatro años más tarde—fué el escenario elegido, y la fecha el 12 de Agosto.

Una muchedumbre incalculable se agolpó a las puertas del teatro y «para entrar era preciso sostener un terrible combate, y hubo momentos en que se temió que las puertas fueran derribadas».

El tablado presentaba un aspecto majestuoso: a retaguardia, sobre una eminencia, el grueso del ejército sinfónico; es decir, los ochenta contrabajos, tubas bajas, saxotrombas, figles, trombones y bombardinos. Seguía, en una plataforma menos elevada, la brigada de los ochenta cornetines, bugles, clarines, trombones, trompas y barítonos.

El centro estaba ocupado por 36 tambores, 10 redoblantes, 4 timbales, 5 bombos, 5 platillos y 2 triángulos. En las alas, sobre la izquierda, los primeros violines, las primeras y segundas flautas y flautines, los primeros y los segundos clarinetes y los fagotes, redoblados por dos violoncellos y tres contrabajos. A la derecha, los segundos violines, las violas,

cornetines, trompas, trombones y figles, reforzados igualmente por dos violoncellos y tres contrabajos.

En medio del espectáculo, dominando el conjunto en un tabladillo de cinco pies de alto, el maestro Gottschalk dirigió estas imponentes fuerzas sinfónicas que ejecutaron «con bravura»: una Obertura de Mehul; La Marcha del Sacro, de la ópera «El Profeta» de Meyerbeer; «La Noche de los Trópicos», de Gottschalk y su «Marcha Triunfal a Chile».

«Inmenso, grandioso, irresistible», fueron los más ponderados adjetivos de la crítica. Y el diario *El Ferrocarril*, en un suplemento extraordinario, describía simbólicamente la figura del virtuoso, ornado su pecho con la Medalla de Oro del Gobierno—y ceñida su frente con la guirnalda lírica de los melodiosos versos compuestos por la poetisa doña Mercedes Marín de Solar.

E. P. S.